

EN TORNO A LO NAVAL

(Extraído y adaptado del artículo del mismo título, autor Jesús Mariño Rodríguez. Cuaderno de Pensamiento Naval Núm.3. Pp. 7-14. NOV 2003)

Cuando meditamos sobre lo naval nuestra mente nos coloca en medio de la mar, en un buque de la Armada, con su pabellón tremolando en el pico y la dotación en faenas propias de su misión. Aunque en lo naval intervienen tres elementos: el personal, el material y el medio-, el elemento clave es el hombre quien, identificado con el buque y con la mar, es el único que puede asimilar, mantener y transmitir el sentir de lo naval.

A lo largo de la historia, poco ha cambiado lo esencial del hombre de mar. Tanto el marinero de Lepanto, como el de Trafalgar o el de Santiago de Cuba, han vivido en un medio hostil cual es la mar, soportando las inclemencias del tiempo, las dificultades del alojamiento, los enormes períodos de ausencia y la aclimatación para dominar el *mal de mar* -el conocido mareo- y trabajar duro en las maniobras y los combates. Eso no ha cambiado. Este comportamiento es común a todos los marinos del mundo. Sin embargo, dependiendo de la nación a la cual pertenecen, unos se sienten arropados por sus paisanos y otros incomprendidos, o lo que es peor, ignorados.

Sostiene el autor que, después de Lepanto, España cambió su mentalidad marítima por una mentalidad continental. Justo cuando podíamos haber seguido sobre el azul del mar el caminar del sol, nos detuvimos como siervos de la gleba para conservar los terruños ocupados, dejando a un lado el rumbo a seguir para garantizar nuestra trabajosa y cruentamente ganada primacía en el mundo.

Buscar la razón de esa mentalidad continental, sabiendo que la condición de España, por su posición en el mapamundi, no ha variado, parece raro que el español se comporte como un austriaco, cuando el balcón de uno cuelga sobre la mar y el del otro da frente a los Alpes.

La España de hoy surgió de dos sólidos reinos: Castilla y Aragón. Coincidían en la lucha contra el invasor musulmán, pero con metas distintas. Aragón buscaba y conseguía el dominio del Mediterráneo por su mentalidad marítima; Castilla, aun teniendo litoral, tenía mentalidad continental. Ambos reinos concedían a la mar distintos criterios. Pero con la unión de Isabel y Fernando, la reina decidió apoyar la gran aventura oceánica, pese a las reticencias del rey aragonés que se conforma con dominar el *Mare Nostrum*. El acierto fue rotundo, gracias al descubrimiento del Nuevo Mundo.

La primera mitad del siglo XVI, con expediciones, conquista de nuevas tierras, construcción de buques y desarrollo de la artillería vio surgir un nuevo espíritu marino que esperaba asentar una mentalidad naval en España. Pero ni la Corte, atenta a la Reforma Protestante y la expansión otomana, se mentalizaba para el verdadero dominio del mundo. La victoria sobre Francia en la Isla Tercera que pudo impulsar la consecución del poder naval, gracias a D. Álvaro de Bazán, tampoco hizo mella en un sentimiento marítimo. Aun peor, la desaparición de D. Álvaro y la pérdida de la Gran Armada socavaron todas aquellas posibilidades. Ni siquiera pasó por la mente de Felipe II trasladar la capital de la península a Lisboa, una vez incorporada la corona de Portugal.

Nuestros buques de guerra se construyeron para proteger el tráfico de las Indias. Defensivamente fuimos únicos y así el imperio duró hasta finales del XIX. El hecho de no pensar en una armada

ofensiva indica la falta de mentalidad marítima, la escasez de consideración a la mar y su real importancia en el sostenimiento de nuestros territorios ultramarinos.

No mejoró la forma marítima de pensar en Trafalgar, Cuba, Filipinas etc. En el siglo XIX la mar era un elemento anecdótico en nuestra patria. Nuestro académico almirante Álvarez-Arenas ha distinguido en sus textos lo permanente que resulta *ser del mar* y lo transitorio de *estar en la mar*.

La Fuerza Naval ha de ejercer su poder en tres áreas: aérea, submarina y de superficie. Precisa, de una gran autonomía logística para permanecer, *sine die*, en el teatro de operaciones y necesita una capacidad de proyección sobre tierra con una fuerza expedicionaria o de asalto anfibio. Esto viene a ser la quintaesencia de la razón de ser de la Armada, y eso debe de abrir la brecha de la casi sempiterna incompreensión de los españoles hacia los asuntos de la mar.

El empeño de los marinos es que se acepte nuestra condición marítima nacional como algo importante en el proceso de nuestra influencia en el mundo. Aquí reside la dificultad del cambio de mentalidad propuesto, porque no es fácil cambiar la reja del arado que abre surcos en el campo por la pala del timón que deja la estela en la popa, y ésta desaparece mucho antes de lo que tarda en hacerlo la gleba.

CN Eduardo Bernal González-Villegas. IHCN. Radio 5 Todo Noticias

Resumen.

Después de Lepanto, España cambió su mentalidad marítima por una mentalidad continental. Tristemente, justo cuando podíamos haber seguido sobre el azul del mar el caminar del sol, nos detuvimos como siervos de la gleba para conservar los terruños ocupados, dejando a un lado la derrota a seguir para garantizar nuestra trabajosa y cruentamente ganada primacía en el mundo.